

Parte 3

Exilios

Capítulo 11

Italia

Apenas pisó Stazione Termini se sintió parte de Roma. Llegó a fines de 1975, luego de una estadía de cuatro meses en Francia. Los rostros estreñidos y el silencio mortuorio de los parisinos contrastados con los autobuses y el desorden vital de la estación hicieron que Lili recuperara en un segundo su origen italiano. Amó de manera inmediata la estridencia de la ciudad y las ruinas tiradas al descuido en todas partes mientras odió de manera proporcional a los franceses y sus pretensiones huecas.

La feria de Campo dei Fiori se convirtió en su paseo predilecto. “*iAssaggiate'sto prosciutto, assignora!*” ofrecía un romano que estaba allí desde el inicio de los días. Lili probaba el jamón crudo: no demasiado salado, carnosos, rosados y tiernos. Un equilibrio perfecto. Pedía *due etti* cortados a cuchillo y continuaba su recorrido por el colorido y sensual mercado callejero. Los puesteros competían con las llamadas y en cada uno de sus gestos era posible

adivinar la figura de Anna Magnani o Alberto Sordi. Algunas vecinas espiaban detrás de los postigos al muchacho que trataba de subir hasta el cuarto piso una canasta con las compras por una soga que esperaba colgando de la ventana. El ocre de los edificios bajos entreverado con las enredaderas que crecían salvajes contra milenarios muros y las cúpulas renacentistas recortadas sobre un inmenso cielo índigo eran una sinfonía. Multiformes adoquines testigos del paso de carruajes imperiales y el agua *delle fontane* brindando una musicalidad constante, marcaban la continuidad de tiempo y espacio. En la esquina de la Via dei Calzolari un cartel pintado a mano con gruesas letras negras decía: "*Chi butta la mondezza qui, è un cornuto figlio di una puttana*". Estaba en Italia. Nerón, Augusto y Calígula presentes en cada esquina, la sombra de Mussolini sobre la pirámide que indicaba el año III de la era fascista, "Bella Ciao" en los festivales *dell'Unita* junto a *fischia il vento e infuria la buffera*. ángeles y demonios y gritos y *caprese* y *spaghetti alle vongole* y Fellini en Via Veneto.

Roma era una fábula. Durante su primer otoño romano, soleado como pocos, siguió paso a paso las recomendaciones de Pirí. La había visto por última vez en la confitería el Molino pocos días antes de salir del país. Caminaba más renga que otras veces, apoyada en un

bastón, con el pelo renegrido y el maquillaje excesivo de siempre. Lili quiso convencerla de que dejara de militar en el barrio, con ese bastón sos un semáforo, vieja, te puede reconocer cualquiera, metete en prensa. Pirí ni la escuchó y pidió un sandwich de pavita desafiando la inflación y el desabastecimiento del gobierno de Isabel. Como siempre se pusieron al día con las últimas novedades, que ya no eran buenas ni divertidas. A los muertos de las Tres A se había sumado de manera insospechada otra muerte. Una noche de mayo de 1975 Héctor Álvarez Murena decidió beber hasta el fin. Tomó varias botellas de whisky hasta caer rendido. Lili lamentó no poder asistir al entierro de uno de sus grandes amores, de su amigo. Cualquier aparición pública podía complicarla a ella y a todos los asistentes. Intentó recordar junto a Pirí la tarde en que Murena se había integrado al grupo y los años que estuvo tras él. Pirí permanecía indiferente a los recuerdos, todo le resultaba demasiado lejano, prefería hablar del presente. "Brindemos por tu viaje a Europa", dijo y alzó un vaso de Coca-Cola. "No me jodas, Pirí. ¿Quién puede querer irse justo ahora? Son unos cretinos, no sé qué les ha dado por mandarnos para allá." "Estupideces", respondió Pirí. "Claro que hace falta gente que salga y le haga conocer al mundo lo que pasa aquí. Prometeme que vas a aprovecharlo, hacé todo lo que a mí me gustaría hacer." Y comenzó un largo

relato de los lugares que debía recorrer. Cuando la abrazó al despedirla le dijo "Cuidate, Lili, que quizás no volvamos a vernos." "Dejate de joder, Pirí, que voy por unos meses y vuelvo."

Los Montoneros habían destinado a Juan Gelman a Inter Press Service de Roma, una agencia de noticias para el Tercer Mundo. Un buen lugar para establecer contacto con distintos países. Fue Paco quien le dio la noticia. Lo recibió en su departamentito de Constitución con un pulgar hacia abajo. Juan aceptó resignado su nueva función y partió convencido de que sería por poco tiempo. Lili fue invitada por el Tribunal Russell para que presentara denuncias sobre la represión de la AAA, y luego acompañaría a Juan por el tiempo necesario en Roma, mientras podía continuar con las denuncias.

Apenas desembarcada en Roma siguió los consejos de Pirí y se dedicó a descubrir la ciudad. Recordaba los relatos de Julia, quien había huido a Italia durante el primer gobierno de Perón. Muchas veces Lili había oído los relatos de Chiquita sobre aquellos años de posguerra, pobres y atractivos, en los que Domenico Modugno canturreaba por monedas en las *trattorias* romanas mientras Vittorio De Sica tramaba sus películas en la mesa vecina, sobre manteles de papel. Todos pedían para almorzar *mezza porzione abbondante* y disfrutaban una buena *pasta*

asciutta. Había escuchado una y mil veces el relato de Julia cuando trabajó de extra en la película “La princesa que quería vivir”. Era básico, en Roma, seguir los pasos de las andanzas de Gregory Peck y su princesa: la escalinata de Piazza di Spagna repleta de flores que continuaban violetas en octubre, la majestuosa iglesia de dos campanarios coronando la cima; la estrecha Via Margutta donde vivían los artistas plásticos, y el attellier que había servido de escenografía para la casa de Gregory Peck, pocos metros antes de Piazza del Popolo. Cumplió con todos los ritos, fingió miedo antes de introducir la mano en la Bocca de la Verità, cruzó de noche el puente sobre el Tevere a la altura del Castello Sant’Angelo, tomó vino de la casa en las *trattorias*. Y así la encontró el invierno. Con el frío llegaron las luces de Navidad en Via Condotti, los gaiteros que bajaban del monte por unas monedas y las castañas calientes en la calle. Pero el invierno pasó y no había señales de regreso. Vivían en un departamentito de un ambiente a pocas cuadras de Via Nomentana, a veinte minutos del centro histórico. Allí recibieron la noticia del golpe de Estado de marzo de 1976 y comenzó el exilio. Así como Ulises soportó mareas, cíclopes y huracanes, los exiliados políticos estaban dispuestos a aguantar para volver a Ítaca. Ignoraban que ese lugar ya no existía.

Los que quedaron

Buenos Aires se había convertido en una ciudad desangelada. Nadie hacía propias sus veredas y menos aún querían contar historias o prestar oídos. Ciudad petrificada y muda. Las calles se transformaron súbitamente en lugares por los que alguien no volvería a pasar. Ciudad de ausencias. Por la Avenida Montes de Oca ya no caminaría Federico Martull rumbo a su escuela, 17 años y sonrisa franca, militante secundario, la policía lo levantó de su casa y devolvió su cadáver pocos días después; en el cine Moreno permanecerían para siempre los ecos de un grito: "soy Enrique Walker, periodista, y me están secuestrando", ex secretario de la revista Gente, corresponsal de guerra en Vietnam devenido montonero, comprendió cuando encendieron de golpe las luces y un pelotón de hombres armados rodeó al público, que era el fin, fue arrastrado a la fuerza y nunca más lo vieron; cada azotea podría recordar a Vicky Walsh disparando entre risas hasta caer acribillada; San Telmo sería el último barrio donde vieron con vida a Patricia Villa, tenía veintiún años y trabajaba en Inter Press Service, luego fueron por su compañero, el Negro Suarez, un reconocido periodista y docente, nadie más supo de ellos. Rostros que se esfumaban en la ciudad. Ciudad sin límites. No había muertos y vivos, los unos y los

otros estaban rodeados por fantasmas, desaparecidos que esperaban su suerte en un purgatorio terrenal. Muertos-vivos que recibirían su condena o el milagro de la gracia, la vida puesta en el arbitrio de un general o un brigadier o un almirante o un monseñor o un empresario del sur. Los argentinos convivieron mucho tiempo con los muertos-vivos, casi nadie los reclamó, no hubo manifestaciones ni velas ni marchas de silencio. El terror los ganó a todos. La Iglesia bendijo a los militares, los partidos políticos callaron, el periodismo, una vez más, obedeció a sus amos. En silencio permitieron la cacería y la matanza. Ciudad cobarde. Por sus calles los habitantes nada veían, preferían no escuchar, se negaban a hablar. Caminaban como siempre, acudían a sus trabajos, festejaban cumpleaños, tarareaban canciones y aprovechaban el fresco de la tarde para salir a caminar mientras a su lado un ejército de militantes en desbandada vagaba en busca de refugio, de casa en casa o durmiendo en colectivos, sin encontrar un lugar seguro donde ir a dar con sus huesos. Algunos caían rendidos por el cansancio y, sin nada encima, escondían sus cuerpos en micros de mala muerte que los cruzarían por improbables fronteras. Hubo quien hizo el tramo a pie mientras algunos afortunados lograron reunir el dinero suficiente para un viaje en avión. La única salvación era salir de los límites de ese país

abandonado por la razón, o lograr enterrarse en su propia tierra.

Del puerto de Buenos Aires partía cada quince días un barco rumbo a Europa repleto de familias que huían. Las dársenas recuperaban una actividad que creían abandonada, pero esta vez no recibían inmigrantes. Centenares de personas sacaban sus pañuelos para despedir a amigos que no sabían cuándo volverían a ver. Desde la cubierta, ojos nublados miraban la escena repetida hasta el cansancio en el imaginario colectivo: barcos partiendo, familias rotas, nostalgias irremediables. Acodada en la baranda del Eugenio C, Julia veía el esqueleto de la ciudad que pronto quedaría como un punto indeterminado del horizonte. Todo había sido culpa de un equívoco. La casa del Tigre que le había cedido Pirí lindaba con la de Rodolfo Walsh. Cuando los militares arrasaron la zona encontraron las casas vecinas de dos intelectuales de izquierda. Supusieron sin más que algo tramaban, no imaginaban que allí sólo gozaban de la pesca de algún bagre y atardeceres en el muelle. Decidieron buscarlos como integrantes de la intelectualidad terrorista. La familia de Julia partió en pleno rumbo a Roma, donde Lili y Juan los esperaban dispuestos a abrirles su pequeña casa de un ambiente.

Rodolfo Walsh no se daba por vencido. Seguía

intentando una prensa clandestina junto a un grupo de periodistas militantes. Enviaba información al exterior sobre la represión y algunos focos de resistencia sindical. Uno a uno fueron cayendo los miembros de la prensa montonera, la organización estaba absolutamente desarticulada hasta que finalmente quedaron solos Rodolfo y su compañera Lilia. El 24 de marzo de 1977 distribuyó su último artículo en todas las agencias de información.

"Carta abierta a la Junta Militar:

1. La censura de prensa, la persecución a intelectuales, el allanamiento de mi casa en el Tigre, el asesinato de amigos queridos y la pérdida de una hija que murió combatiéndolos, son algunos de los hechos que me obligan a esta forma de expresión clandestina después de haber opinado libremente como escritor y periodista durante casi treinta años.

El primer aniversario de esta Junta Militar ha motivado un balance de la acción de gobierno en documentos y discursos oficiales, donde lo que ustedes llaman aciertos son errores, los que reconocen como errores son crímenes y lo que omiten son calamidades.

El 24 de marzo de 1976 derrocaron ustedes a un gobierno del que formaban parte, a cuyo desprestigio contribuyeron como ejecutores de su política represiva, y cuyo término estaba señalado por elecciones convocadas

para nueve meses más tarde. En esa perspectiva lo que ustedes liquidaron no fue el mandato transitorio de Isabel Martínez sino la posibilidad de un proceso democrático donde el pueblo remediara males que ustedes continuaron y agravaron.”

Pocas semanas después del golpe Paco Urondo se despidió de familiares y amigos. Después de la sanción por adulterio permaneció un tiempo sin tareas específicas. Finalmente la organización le encontró un destino: debía mudarse a Mendoza, donde la conducción había sido diezmada, para tratar de articular nuevamente la organización. No le gustaba Mendoza, una ciudad que le había sido hostil en su juventud cuando recorría el país con su compañía de teatro. Pero aceptó el nuevo destino y se fue con Alicia, con quien ya tenía una beba, Ángela. Fue poco el tiempo que sobrevivió en Mendoza. En junio de 1976 iba en auto a una cita cantada. Lo acompañaban Alicia con la beba. Tuvo tiempo de reconocer la ratonera y escapar a velocidad, tras ellos cantidad hombres que les disparaban desde varios autos. Paco conducía a los tumbos tratando de evitar los disparos mientras se defendía con su revólver. Cuando supo que ya no tenía escapatoria tragó una pastilla de cianuro para no que no lo capturaran vivo y gritó a las mujeres que escaparan. Alicia corrió, puso a su hija a reparo y luego fue secuestrada.

"2- Quince mil desaparecidos, diez mil presos, cuatro mil muertos, decenas de miles de desterrados son la cifra desnuda de ese terror.

Colmadas las cárceles ordinarias, crearon ustedes en las principales guarniciones del país virtuales campos de concentración donde no entra ningún juez, abogado, periodista, observador internacional. El secreto militar de los procedimientos, invocado como necesidad de la investigación, convierte a la mayoría de las detenciones en secuestros que permiten la tortura sin límite y el fusilamiento sin juicio."

Pirí seguía con su bastón y no admitía regalarle la ciudad a nadie: todavía prefería los bares y cines de la calle Corrientes. Desoía consejos, estaba dispuesta a correr cualquier riesgo antes que tener que taparle los ojos a un amigo, no admitía tabicar su casa con ellos, debía haber una base de confianza en cualquier relación. ¿Cómo sobrevivir imaginando que tu hermano podría delatarte? ¿Para qué escapar si el fin había llegado? ¿Toda la vida en busca de la libertad para después huir? ¿Quién tenía autoridad para indicarle el camino? Un día Carlos, su compañero, no regresó a la casa a la hora convenida. Decidió permanecer inmóvil, por una vez quieta, sabía que esa quietud la conduciría a la vida o a la muerte, qué más

daba. La secuestraron en su casa. Franqueó la muralla para encontrarse con ellos, los muertos-vivos. Después de varias paradas terminó en el campo de concentración llamado "El Banco". Mientras la torturaban les gritaba a sus verdugos: "Ustedes son unos imbéciles que no saben nada, mi padre sí que era un buen torturador". Una risa demoníaca tronaba desde el inicio de la historia. Tirada en una celda, sin abrigo y herida les daba ánimos a sus compañeros de infortunio. Un 18 de febrero de 1978, el día en que se cumplían cuarenta años del suicidio del viejo Leopoldo Lugones, la llamaron para trasladarla. Le hicieron dejar la ropa y formar una larga fila. Ya no tenía bastón. Fue la última noticia que se tuvo de Pirí.

"De este modo han despojado ustedes a la tortura de su límite en el tiempo. Como el detenido no existe, no hay posibilidad de presentarlo al juez en diez días según manda una ley que fue respetada aun en las cumbres represivas de anteriores dictaduras.

La falta de límite en el tiempo ha sido complementada con la falta de límite en los métodos, retrocediendo a épocas en que se operó directamente sobre las articulaciones y las vísceras de las víctimas, ahora con auxiliares quirúrgicos y farmacológicos de que no dispusieron los antiguos verdugos. El potro, el torno, el

despellejamiento en vida, la sierra de los inquisidores medievales reaparecen en los testimonios junto con la picana y el 'submarino', el soplete de las actualizaciones contemporáneas.

Mediante sucesivas concesiones al supuesto de que el fin de exterminar a la guerrilla justifica todos los medios que usan, han llegado ustedes a la tortura absoluta, intemporal, metafísica en la medida que el fin original de obtener información se extravía en las mentes perturbadas que la administran para ceder al impulso de machacar la sustancia humana hasta quebrarla y hacerle perder la dignidad que perdió el verdugo, que ustedes mismos han perdido."

Roberto tenía doce años. Su tía Adela se había hecho cargo de la casa de Conesa. El combate mudo entre Lydia y Adela volvía a tomar cuerpo. Otra Adela avanzaba en el territorio Massaferro. Cada tanto un llamado telefónico avisaba que Lili aún existía y un desconocido acercaba una carta con regalos de Europa para Roberto y Mache. Adela solía recibir la noticia con una puteada, repetía hasta el cansancio que esa mujer no iba a dejar de hacer daño nunca, mejor que desapareciese de la faz de la tierra, era una ramera, inescrupulosa, irresponsable, que ahora se estaba dando la gran vida en

Roma. A Roberto nadie le hablaba de exilio ni de dictadura, pero él sabía que su madre no debía estar bien. La realidad se le tornaba incomprensible. Por esos días una compañera de escuela faltó por una semana y volvió a clases con una historia endeble que contó a la maestra con voz temerosa: su madre había sufrido un accidente, estuvo internada y por eso ella no había asistido al colegio. Roberto la vio insegura y frágil, supo que mentía. Se acercó en el recreo y le preguntó directamente si tenía problemas con la policía, que a él le pasaba lo mismo, que su madre no podía volver al país. Su compañera lo abrazó y desde ese momento fueron inseparables. Era la única que compartía su secreto. Solos aprendieron rápidamente a disimular y mentir. Roberto no entendía cómo el mundo seguía andando, odiaba las risas sonoras y la alegría incontenible de algunos mientras en la parada del colectivo 63, que tomaba todos los días para volver de la escuela, había una foto de su madre con la inscripción: "Buscada por terrorista". Día a día veía cómo el retrato de Lili caía a jirones por la lluvia y rogaba que una buena tormenta lo sacara de una vez por todas. Roberto estaba confundido. No tenía a quién recurrir, nadie que le explicara las razones de su angustia.

"Estos hechos, que sacuden la conciencia del mundo civilizado, no son sin embargo los que mayores sufrimientos han traído al pueblo argentino ni las peores violaciones de los derechos humanos en que ustedes incurren. En la política económica de ese gobierno debe buscarse no sólo la explicación de sus crímenes sino una atrocidad mayor que castiga a millones de seres humanos con la miseria planificada.

En un año han reducido ustedes el salario real de los trabajadores al 40%, disminuido su participación en el ingreso nacional al 30%, elevado de 6 a 18 horas la jornada de labor que necesita un obrero para pagar la canasta familiar, resucitando así formas de trabajo forzado que no persisten ni en los últimos reductos coloniales.

Congelando salarios a culatazos mientras los precios suben en las puntas de las bayonetas, aboliendo toda forma de reclamación colectiva, prohibiendo asambleas y comisiones internas, alargando horarios, elevando la desocupación al récord del 9% prometiendo aumentarla con 300.000 nuevos despidos, han retrotraído las relaciones de producción a los comienzos de la era industrial, y cuando los trabajadores han querido protestar los han calificado de subversivos, secuestrando cuerpos enteros de delegados que en algunos casos aparecieron muertos, y en otros no aparecieron.

Los resultados de esa política han sido fulminantes. En este primer año de gobierno el consumo de alimentos ha disminuido el 40%, el de ropa más del 50%, el de medicinas ha desaparecido prácticamente en las capas populares.

Ya hay zonas del Gran Buenos Aires donde la mortalidad infantil supera el 30%, cifra que nos iguala con Rhodesia, Dahomey o las Guayanas; enfermedades como la diarrea estival, las parasitosis y hasta la rabia en que las cifras trepan hacia marcas mundiales o las superan. Como si esas fueran metas deseadas y buscadas, han reducido ustedes el presupuesto de la salud pública a menos de un tercio de los gastos militares, suprimiendo hasta los hospitales gratuitos mientras centenares de médicos, profesionales y técnicos se suman al éxodo provocado por el terror, los bajos sueldos o la 'racionalización'."

Otras voces poblaron el país. En los cafés nadie discutía política o filosofía, seguían la cotización del dólar, las tasas de interés, conocían la marca que otorgaban prestigio. Juntar dinero y aprovechar el dólar barato para trotar por el mundo, rapiñar lo máximo posible y volver cargados de electrodomésticos se convirtió en un deporte nacional. Dame dos, mirá lo que van a decir cuando me vean con estas pilchas, sacá fotos, ¿y esos qué dicen?

Obscenos, los turistas argentinos reían al ver a los refugiados en mesas distribuidas por los rincones más absurdos del mundo tornando pública una realidad aterradora. Campaña antiargentina, nunca estuvimos mejor, a quién se le ocurre, cuándo hubiésemos imaginado que podríamos ir a Miami por tan poco.

En la cubierta volvía la fiesta.

"Dictada por el Fondo Monetario Internacional según una receta que se aplica indistintamente al Zaire o a Chile, a Uruguay o Indonesia, la política económica de esa Junta sólo reconoce como beneficiarios a la vieja oligarquía ganadera, la nueva oligarquía especuladora y un grupo selecto de monopolios internacionales encabezados por la ITT, la Esso, las automotrices, la U.S. Steel, la Siemens, al que están ligados personalmente el ministro Martínez de Hoz y todos los miembros de su gabinete.

Un aumento del 722% en los precios de la producción animal en 1976 define la magnitud de la restauración oligárquica emprendida por Martínez de Hoz en consonancia con el credo de la Sociedad Rural expuesto por su presidente Celedonio Pereda: 'Llena de asombro que

ciertos grupos pequeños pero activos sigan insistiendo en que los alimentos deben ser baratos'.

El espectáculo de una Bolsa de Comercio donde en una semana ha sido posible para algunos ganar sin trabajar el cien y el doscientos por ciento, donde hay empresas que de la noche a la mañana duplicaron su capital sin producir más que antes, la rueda loca de la especulación en dólares, letras, valores ajustables, la usura simple que ya calcula el interés por hora, son hechos bien curiosos bajo un gobierno que venía a acabar con el 'festín de los corruptos'. Desnacionalizando bancos se ponen el ahorro y el crédito nacional en manos de la banca extranjera, indemnizando a la ITT y a la Siemens se premia a empresas que estafaron al Estado, devolviendo las bocas de expendio se aumentan las ganancias de la Shell y la Esso, rebajando los aranceles aduaneros se crean empleos en Hong Kong o Singapur y desocupación en la Argentina. Frente al conjunto de esos hechos cabe preguntarse quiénes son los apátridas de los comunicados oficiales, dónde están los mercenarios al servicio de intereses foráneos, cuál es la ideología que amenaza al ser nacional. Si una propaganda abrumadora, reflejo deforme de hechos malvados no pretendiera que esa Junta procura la paz, que el general Videla defiende los derechos humanos o que el almirante Massera ama la vida, aún

cabría pedir a los señores Comandantes en Jefe de las 3 Armas que meditaran sobre el abismo al que conducen al país tras la ilusión de ganar una guerra que, aun si mataran al último guerrillero, no haría más que empezar bajo nuevas formas, porque las causas que hace más de veinte años mueven la resistencia del pueblo argentino no estarán desaparecidas sino agravadas por el recuerdo del estrago causado y la revelación de las atrocidades cometidas.

Estas son las reflexiones que en el primer aniversario de su infausto gobierno he querido hacer llegar a los miembros de esa Junta, sin esperanza de ser escuchado, con la certeza de ser perseguido, pero fiel al compromiso que asumí hace mucho tiempo de dar testimonio en momentos difíciles.

Rodolfo Walsh, C. I. 2.845.022

Buenos Aires, 24 de marzo de 1977"

Al día siguiente de distribuir su alegato, en el que expresa con detalle las atrocidades de la represión y las consecuencias del proyecto económico de la dictadura, dieron con el paradero de Walsh. Fue el fin de una de las mejores plumas del país. Su casa fue destruida y junto a ella una novela inconclusa, varios cuentos cortos y un libro de semblanzas que se perderían para siempre.

Los náufragos

Para los desterrados Europa se tornaba insostenible. Sus cúpulas y campanarios eran meras provocaciones. Resultaba imposible alzar los ojos que permanecían fijos en un agujero negro del mapa. Lili había dejado la Argentina en un momento de huelgas históricas en contra de López Rega y su ministro Celestino Rodrigo, con una organización revolucionaria de un peso político y un poder de movilización inéditos en el país. Recibía pocos meses después en Roma a los militantes que contaban el desbande, el aniquilamiento, la sensación de derrota absoluta.

Sin un peso y doblegados por el terror llegaban los exiliados a Roma. Toda expresión había sido arrancada de sus rostros. Cansados hasta la locura, incrédulos de sus propias vidas contaban cómo habían sido secuestrados y narraban las torturas, hablaban de picanas y submarinos, de uñas arrancadas y ratas en los genitales, de curas violadores con crucifijos satánicos, de simulacros de fusilamiento y falsos anuncios de libertad que terminaban

en vuelos de la muerte. Nadie lloraba, no había lágrimas posibles en la urgencia del desamparo, sólo oídos impávidos que escuchaban sus historias. Algunos habían logrado escapar antes de ser atrapados, mimetizados con la noche. Muchos se salvaron por apenas segundos, habían evitado de manera rocambolesca allanamientos o pinzas militares pero todavía sentían en la nuca los ojos de sus perseguidores, las pesadillas eran su prisión. Y estaban también quienes habían sido sacados de cárceles legales, depositados en aviones y sin documentos aterrizaban en ciudades desconocidas. Unos y otros ignoraban por qué seguían con vida, haber sido elegidos entre los sobrevivientes no era motivo alguno de alegría, una culpa inasible los perseguía. Llevaban a cuestas, como único bien, la memoria. Habían registrado cada detalle, recordaban los nombres de los que habían sido “trasladados”, pudieron leer apellidos inscriptos en los muros de las celdas, sabían la identidad compañeros que permanecían en prisión. Retazos que empezaban a conformar el relato de una historia desconocida. Una realidad intuida, la de la tortura, cobraba cuerpo con aquellos primeros testimonios ensombrecidos. De manera obsesiva Lili juntó esos fragmentos, organizó una cadena de cartas para confirmar la verdad de cada información, para completarla; los sobres volaban de ida y vuelta con

detalles, nombres, apellidos, lugares de secuestros, horas, documentos. Lili recibía los datos, los archivaba, sumaba nombres a la lista. Comenzó a armar un archivo que pronto ocupó media casa. Junto a Deliana y Augusto, dos argentinos que habían fundado un comité contra la represión de las Tres A, crearon el *Comitato Antifascista contro la Repressione in Argentina* (CAFRA). Los martes se reunían en la sede del CAFRA, un local semienterrado en la Via Panismerna, decenas de refugiados que se sumaban a la tarea de denuncia.

En octubre de 1976 Juan Gelman entró clandestino a la Argentina por unos días y regresó a Roma idéntica sensación a la del resto de los exiliados. La situación era penosa. Imposible encontrar a alguien, todos estaban "levantados", no había casas, ni refugios y las caídas eran masivas.

En tanto la conducción montonera se radicó en el exterior. A pesar de la indudable extranjería decidieron no abandonar algunos hábitos. Portaban a cada reunión un bolso con el nuevo uniforme de la organización: camisa celeste con estrellas de ocho puntas y cuellos adornados por una tacuara y un fusil cruzados. Caminaban por los Champs Elysées o Via del Corso o la avenida Goya con sus uniformes a cuesta. Una vez que llegaban al punto de convocatoria tenían cinco minutos de vestuario para poder

mantener reuniones dignas de una organización militar. Con estricto orden cerrado, voces potentes gritaban “¡Fiiiiir-mes! ¡Des-cansen!” para luego analizar la situación de un lejano país del sur. Distribuían un despliegue inconcebible de *merchandising* combatiente: grabaciones con discursos de Firmenich que debían entrar a la Argentina, discos de pasta finísima con la canción de Serrat “La Montonera”, cuyo indescifrable estribillo repetía “qué buen vasallo sería si buen Señor tuviera”. En el desierto político que había provocado el terror suponían que era posible repartir en los desolados barrios argentinos la elegía de Serrat; para distribuir en Europa imprimían cantidad de folletos de papel brillante a varios colores para deslumbrar a la dirigencia del primer mundo. Entusiasmados, los líderes de Montoneros escribían en sus editoriales que la dictadura era un boxeador grogui.

Era difícil compatibilizar ese despliegue y el gris paisaje de la debacle. Ante tanta confusión, Lili prefirió ponerse al margen. En una reunión con Firmenich y Vaca Narvaja planteó sus incertidumbres. Conocedora de los trucos de la actuación, comenzó diciendo: “Compañeros, creo que deben darme el lugar que me merezco.” Pausa. Los dirigentes Montoneros se miraron de soslayo imaginando la exigencia de un ascenso, pero Lili prosiguió. “Yo no entiendo los documentos, y si no los entiendo no

puedo explicarlos, pido que me permitan dejar el Partido para permanecer en el Movimiento hasta que pueda aclarar mis ideas.” Los hombres suspiraron aliviados, jamás les había importado la presencia de Lili en la estructura. Mientras aceptara ser una cara visible del Movimiento Peronista Montonero, brazo político de la organización, estarían satisfechos. De esa forma Lili logró sortear las sanciones previstas para un oficial montonero, que en caso de deserción podía terminar en una condena a muerte, aunque obtuvo un proceso iniciado por la justicia argentina” por formar parte de la conducción nacional del Movimiento Peronista Montonero, por figurar como secretaria nacional de la Rama Femenina.

En Europa seguía buscando solidaridad internacional. Lili no tenía calma, se reunía con Oloff Palme o Simone de Beauvoire, giraba por París, Bruselas, Ginebra, Madrid y Roma, golpeando las puertas de todos los despachos. Dirigentes, presidentes, políticos e intelectuales la veían llegar con sus carpetas a cuesta, vestida con sobriedad, y escuchaban sus relatos vehementes. En 1976 los más prestigiosos políticos europeos publicaban un manifiesto en el diario Le Monde que denunciaba las atrocidades del régimen argentino. Firmaban entre otros François Mitterrand, Bruno Kreisky, Olof Palme, Mario Soares y Ron Hayward. Lili formaba parte, junto a Eduardo Luis Duhalde

y Rodolfo Mattarolo, de la Comisión Argentina de Derechos Humanos (CADHU). En enero de 1977 publicaron el primer informe serio sobre los desaparecidos en la Argentina con testimonios y listas de secuestrados, además de lugares de detención. No había pasado un año del golpe y todo estaba más que claro. Se trataba de un sistema organizado de exterminio.

Juan

Lili lo sentía cada vez más lejano. Juan había perdido las palabras. Ningún poema salía de su pluma. Hijo de inmigrantes ucranianos, poeta y periodista desde siempre, prolífico autor que en pocos años de la década de los sesenta había publicado nueve libros, estaba ahora mudo bajo un cielo vacío de sentido, donde las estrellas no sabían armar la cruz del sur, en una ciudad sin tangos ni amigos ni recuerdos ni nada. En Roma, Juan padecía de una aridez poética que temió irremediable. Debieron pasar muchos años para que lograra encontrar los sonidos que expresaran el desasosiego del exilio.

"No debiera arrancarse a la gente de su tierra o país, no a la fuerza. La gente queda dolorida, la tierra queda dolorida. Nacemos y nos cortan el cordón umbilical. Nos

destierran y nadie nos corta la memoria, la lengua, los calores. Tenemos que aprender a vivir como el clavel del aire, propiamente en el aire.

Soy una planta monstruosa. Mis raíces están a miles de kilómetros de mí y no nos ata un tallo, nos separan dos mares y un océano. El sol mira cuando ellas respiran de noche, duelen de noche bajo el sol."

Monstruoso, ajeno y sin raíces se supo Juan el 24 de agosto de 1976 cuando su hijo, Marcelo, fue secuestrado por un comando militar que se lo llevó de su casa junto a su mujer, María Claudia. Marcelo tenía veinte años y alguna vez había escrito: "la oveja negra/ pace en el campo negro/ sobre la nieve negra/ bajo la noche negra/ junto a una ciudad negra/ donde lloro vestido de rojo". María Claudia tenía diecinueve años y sólo le faltaban dos meses para dar a luz a su primer hijo. Tragados por la noche negra de la ciudad negra, era Juan quien lloraba vestido de rojo.

Su otra hija, Nora, también fue secuestrada pero la liberaron al comprobar que no lograba entender qué sucedía a su alrededor, padecía trastornos psicológicos y asistía incrédula a la escena en que unos hombres la ataban y a los gritos pedían que cantara. Nora cantaba a voz en cuello, llorando, entonaba una canción infantil. A los pocos días fue liberada y Juan pidió que la mandaran con

él a Roma. Lili la recibió con recelo, no era fácil convivir en un solo ambiente con una joven trastornada, Juan no estaba casi en casa y ella debía hacerse cargo de contener las locuras de Nora que contaba una y otra vez su secuestro, con cara extraviada, entonaba las canciones dedicadas a los militares y todos reían por el absurdo. La muerte, la locura, la soledad y el desarraigo tornaban los días insoportables.

"No debiera arrancarse a la gente de su tierra o país, no a la fuerza. La gente queda dolorida, la tierra queda dolorida."

Ninguna de estas palabras salía entonces de su boca. Estaban atrapadas, esperaban un espacio para expresar el dolor. Juan permanecía en silencio. Sus ausencias eran cada vez más visibles.

Por la pequeña casa de Roma seguían pasando historias que Lili ensobraba con cuidado y sin llorar. Sólo por las noches surgían algunas lágrimas. Se servía una copa de vino tinto de los castillos romanos, ponía el disco de Susana Rinaldi, escuchaba "Barrio de Belgrano, caserón de tejas..." y sollozaba en silencio. No eran las torturas ni los secuestros ni los muertos los que la entristecían más. Era el recuerdo de Conesa y su padre y su infancia trunca. Algo de eso sentía Juan.

"Mi padre vino a América con una mano atrás y otra adelante, para tener bien alto el pantalón. Yo vine a Europa con un alma atrás y otra adelante, para tener bien alto el pantalón. Hay diferencias, sin embargo: él fue para quedarse, yo vine para volver.

¿Hay diferencias, sin embargo? Entre los dos fuimos, volvimos, y nadie sabe todavía adónde iremos a parar.

Papá: tu cráneo se pudre en la tierra donde yo nací, en representación de la injusticia mundial. Por eso hablabas poco. No hacía falta. Y lo demás -comer, dormir, sufrir, hacer hijos- fueron gestiones necesarias, naturales, como quien llena su libreta de ser vivo.

Nunca te olvidaré, en la oscuridad del comedor, vuelto hacia la claridad de tus comienzos. Hablabas con tu tierra. En realidad, nunca te sacaste esa tierra de los pies del alma. Pieses llenos de tierra como silencio enorme, plomo o luz."

El tiempo transcurría y el sol era una entelequia. Siempre a destiempo, incapaz de dar luz o calor. Frío, ajeno, distante, Juan no lograba comprender qué hacía en esas latitudes, ni entendía a esa mujer que bramaba a su lado exigiendo un poco de calor. ¿Quién puede dar calor si está helado?

"Cierro los ojos bajo el solcito romano. Pasás por Roma, sol, y dentro de unas horas pasarás por lo que fue

mi casa, no llevándome sino iluminando sitios donde faltó, que reclamo, que reclaman por mí.

Los vas a calentar de todos modos, exactamente cuando de frío temblaré.”

Durante el Mundial del '78 Juan Gelman entró nuevamente clandestino a la Argentina camuflado como un turista francés. Recorrió las veredas de Villa Crespo que lo vieron nacer y no encontró nada, respiró el enrarecido aire de la Boca, asomó sus narices en distintos cafetines y nada, todo era ausencia. Ni rastros de lucha, sólo temor y silencio. De regreso a Europa debía instalarse en Madrid donde estaba el núcleo de Montoneros. Lili asistía a sus idas y venidas, dudó en seguirlo a España. Con Juan ya eran casi extraños, intuía que vivía otras historias, olía el perfume de otras mujeres y una vez más caía presa del abatimiento. Sola, en Europa, con cincuenta y un años y el mundo entero que se desplomaba.

Capítulo 13

España

El sótano

El piso estaba a oscuras y la maldita luz no aparecía. Lo peor era bajar las escaleras con la pierna entumecida. Los médicos no comprendían por qué Lili reía cuando le indicaban reposo absoluto: "Señora, es una tromboflebitis y no hay que jugar con la salud". Cuando la pierna se resistía a andar por el dolor agudo en el muslo permanecía en cama hasta que lograba recuperar el control de su cuerpo. Nunca había entendido el lenguaje médico; personas absolutamente ignorantes que recetaban imposibles como "quietud". ¿Cómo estarse quieta? ¿Qué suponían, acaso alguien iría a servirla? Nada le resultaba más humillante que sentirse inválida. Cuando la enfermedad se hacía notar la engañaba por unos días, y apenas sentía que su pie se apoyaba sin dolor, retomaba su andar. Por suerte ese viernes logró permanecer de pie varias horas. Era diciembre en Madrid y tenía que aprovecharlo. Aunque el frío seco calaba hasta los huesos estuvo varias horas de pie atendiendo su puesto en Conde de Peñalver. Por primera vez ya no sería una vendedora clandestina, siempre lista para escapar del acoso policial. Después de dos años de sobrevivir vendiendo en las esquinas, o colada en el Rastro, había logrado un permiso municipal. Era una feria de Navidad que evocaba la ternura de las calesitas. Había algo de parque de diversiones en

todo aquello, infinidad de luces que ahuyentaban el frío, un perfume dulzón a turrónes y caramelos, chicos con gorros, orejeras, bufandas y gabanes que desfilaban orgullosos cargados de exóticos dulces. Como fondo se escuchaba música y risas, y por sobre todo, muchas ventas. Debía aprovechar las fiestas. Lili de gorro y tapado sonreía a posibles clientes, mostraba la bijouterie, conversaba con los puesteros vecinos. La noche giraba en torno de sí misma: frío, luces, chicos, ventas, risas, colores, ventas, dulces, encuentros, risas, ventas. A las once cerró el puesto y decidió festejar la buena recaudación. Compró una botella de vino fino y partió hacia su casa. Había sido un buen día.

Vivía en Madrid, barrio Salamanca, calle Díaz Porlier. Un sótano dos pisos bajo tierra. Todo se había ido al diablo -Roma, Juan, la organización y la vida- a finales de 1978. Un mañana descubrió que la pareja con Juan era una quimera. Ya nada los unía más que el dolor y no era razón suficiente para compartir cama y destino. Lili dudó en seguirlo a Madrid, pero la insistencia de sus compañeros de la CADHU, en especial Eduardo Luis Duhalde, para que viajara porque España centralizaba las tareas de solidaridad, la convenció. Lamentó dejar Roma y a todos sus amigos. Allí quedaban Julia y los compañeros con los que había compartido los primeros tiempos del exilio. Metió

una vez más sus cosas en un bolso y partió. Convivió apenas algún mes con Juan hasta que decidieron separarse. Lili consiguió un préstamo para alquilar un departamento. Para entonces Liliana, su única hija mujer, vivía con ella en Madrid adonde había llegado con toda su familia, sin un peso, tres hijos y la angustia de quien había logrado escapar por casualidad, también ella militaba en la misma organización. En España retomó la vieja costumbre de vender artesanías, como en Villa Gesell, cuando eran hippies de los sesenta y Manolo vivía y el mundo no había estallado.

En el exacto momento en que Lili ponía fin a su pareja con Juan se produjo una escisión en Montoneros: Juan Gelman y Rodolfo Galimberti, junto a otros veinte compañeros, denunciaron públicamente que la contraofensiva lanzada por Montoneros era una fantasía militar y que estaban enviando de forma irresponsable a jóvenes militantes a un país donde no podía esperarlos otra cosa que la muerte. Rompieron con la organización dirigiendo fuertes críticas a su conducción por la falta de visión política, consideraban que los montoneros habían perdido el rumbo y los lazos con la realidad argentina. Días después un grupo comando montonero, con uniformes y metralletas, entraba a la casa madrileña de Lili. Ella no estaba. Liliana abrió la puerta y reconoció a una antigua

compañera de la Rama Femenina que solía ir a conversar y tomar mate con ellas, pero esta vez vestía el uniforme con estrellas federales y la apuntaba con un arma. Liliana trató de sacarlos a los empujones pero fue inútil. Buscaban documentos y dinero. Acusaban a Gelman y Galimberti de haberse apropiado bienes de la organización. En un cajón encontraron el préstamo que Lili había conseguido para alquilar un departamento y se llevaron el dinero. Así fue como Lili quedó sin casa, sin pareja, sin dinero y sin contacto alguno con los Montoneros.

Durante siguió viviendo con su hija. Hacían artesanías y vendían donde les resultara posible. La convivencia entre madre e hija se hizo insostenible: "Mamá, o te vas o mi pareja con Carlos se termina". Al día siguiente alguien le cedió el sótano de Díaz Porlier. Empezaba de nuevo, y como mensaje del destino, debía partir desde el subsuelo del mundo. *Underground*. Al principio las enfermedades la acosaron, una antigua tromboflebitis que la perseguía desde siempre y una hepatitis a la que no le dio la atención indicada y se convirtió en cirrosis crónica. Estas penurias no impidieron que continuara con sus actividades de denuncia foros internacionales. Era un referente de los organismos de defensa de los derechos humanos en Europa. Para los militares seguía siendo una de las "terroristas" más buscadas, enviaban pedidos de

extradición con su nombre, colgaban carteles en las calles porteñas. Una de las dirigentes más perseguidas de la Argentina tendía tapetes con *bijouterie* sobre veredas, corría de las *razzias* de vendedores ambulantes y juntaba monedas para comer.

Pero lo peor había pasado, y ese viernes con aires de navidad tanteaba la luz de la escalera para bajar a su sótano a festejar su buena fortuna. Entró al departamento minúsculo y lo encontró lindo. Lo había llenado de plantas que, a pesar de estar bajo tierra, crecían de manera milagrosa gracias a un patio interno que servía de respiradero. Había sido un acierto también comprar esas lámparas redondas de papel que esparcían una luz especial sobre el ambiente con adornos hindúes y latinoamericanos y almohadones coloridos desparramados por el piso. Lili se tiró sobre el sillón, puso un tango de fondo y tomó su vino.

Al rato llegó Lila. Era una suerte tenerla cerca, con ella podía compartir recuerdos de Buenos Aires. Lila era una sobreviviente de la Escuela de Mecánica de la Armada y sus relatos eran una feroz imagen de la condición humana. Esa noche hablaron de todo y de todos, y a pesar de lo dramático de sus experiencias había espacio para la hilaridad. Entre vino y vino Lila le contó lo que se comentaba en la ESMA: el militar a quien Lili le había alquilado el departamento en Buenos Aires para vivir con

Juan Gelman, con el que tomó whisky y conversó tan amablemente, era el Tigre Acosta. Lili sufrió un ataque de risa incontenible cuando escuchó esa historia, adornó con todo detalle su encuentro con el Tigre y sintió una profunda satisfacción por haberse burlado de uno de los peores torturadores de la Argentina en su propia casa.

El amanecer las encontró en el sótano de Madrid reviviendo historias.

En un café de Palermo Viejo me encuentro con Lila Pastoriza. A pesar de haber convertido la memoria en militancia, los recuerdos todavía le duelen. Tiene un rostro fuerte y golpeado. Se pierde en historias imposibles de carceleros y entregadores, mujeres cautivas, cotidianas resistencias, opciones descabelladas. Sus relatos devoran la razón. Hay que estar dispuesta a abrir los oídos para escucharla. La vida es, sin dudas, desprolija. Y ella sabe de eso. Ahora está contando la historia de una compañera secuestrada y transportada a la ESMA a quien los militares llevan al allanamiento de su propia casa. Esposada, inerte, ve al escuadrón militar rodear el edificio. Imagina adentro a su marido y a su hijo. El jefe del operativo da una orden insólita: "Esperen, entro desarmado y saco al chico". Así lo hizo. Saca al hijo y lo entrega a su madre que espera afuera, atada, amordazada, bajo un estado de *shock*.

Luego estalló la balacera y su marido murió resistiendo. Esa mujer se enamoró del jefe del operativo.

La escucho y trato de responder un tácito acertijo: “¿Se enamoró del tipo que le salvó al hijo?”, murmuro sin pensarlo. Lila me mira con una mueca irónica y dice “Mirá, esta historia la he contado muchas veces y hay dos reacciones. Una, como la tuya, cree que se enamoró del hombre que salvó a su hijo; la otra mitad sostiene que se enamoró del que mató al marido”. No dice más. No hay solución posible. Volvemos a Lili y no es difícil, era por ella que habíamos caído en ese relato porque Lili conocía a la mujer enamorada de su captor, la había reencontrado en México. En ocasiones las reacciones físicas dicen más que las palabras, para un sobreviviente de la ESMA era importante ver qué actitud espontánea encontraba en el otro. Lili la vio y corrió a abrazarla fuerte sin preguntar.

El bar de Palermo había desaparecido. Solas, Lila y yo saltábamos de un relato a otro dando tumbos por el tiempo. Los minutos corrían y Lila quiso dejar claro por qué estaba allí: “Tenés que poner que Lili era de una solidaridad impresionante, capaz de darte todo. A los exiliados recién llegados les conseguía casas, buscaba ayuda económica, prestaba sus oídos y no juzgaba. Cuando decidí irme a México recuerdo a Lili despidiéndome en un auto, se sacó todo lo que tenía puesto, una

bijouterie de plata que vendía, y me lo regaló. Eran gestos fuertes de desprendimiento y solidaridad”.

Lila Pastoriza había llegado a Madrid el 25 de octubre de 1978 junto a Pilar Calveiro, liberadas de las catacumbas por gracia militar. Habían vivido una experiencia imposible de narrar. No querían ver a nadie, se imaginaban todavía controladas y perseguidas por los militares. Encontrar a un compañero de militancia podía significar “marcarlo” y, además, no tenían ganas de dar explicaciones sobre las razones de su supervivencia. Nadie podría entender que en la ESMA, como en el infierno, había muchos círculos, distintos grados de colaboración, un mundo plagado de matices.

“Cuando Lili supo que estaba en Madrid yo traté de evitarla pero me buscó y finalmente me llamó por teléfono: ‘yo voy a ir a verlas, donde sea, no se preocupen por mí, si es necesario me disfrazo’. Y así fue. Una mañana en el Rastro veo llegar a una señora con boina de lana, echarpe de colores, un sacón por debajo de la cadera y anteojos negros que venía a los saltos. Era Lili que corría a abrazarnos. Una podía sentir su afecto incondicional, escuchaba nuestros relatos sin prejuicios ni mirada inquisidora. Nos vimos mucho en Madrid, solíamos quedarnos toda la noche charlando. Para mí Lili fue importante, desde antes del secuestro. Recuerdo que

mandaba cartas desde Roma con críticas a los Montoneros y trataba de convencernos de que saliéramos del país, que nos iban a matar a todos, nos ofrecía su casa en Roma para alojarnos y juraba que conseguía trabajo. Para nosotros, del ámbito de prensa de Montoneros, el contacto epistolar con Lili y Juan otorgaba un poco de humanidad en medio de tanta dureza.”

Reencuentros

Probaron todos los botones, rieron al ver a la azafata enseñando con lenguaje casi sordomudo cómo ponerse la mascarilla de oxígeno, era la primera vez que Marcelo y Roberto viajaban a Europa. Allí los esperaba su madre y la situación se les antojaba disparatada. Era diciembre de 1980. Lili había logrado un préstamo de Naciones Unidas para pagar los pasajes que le permitirían reencontrarse con sus hijos después de cinco años.

Cuando Adela se enteró, quiso morir. Una vez más aparecía Lili en escena, ya la creía parte del pasado pero estaba allí, como serpiente, seduciendo, intentando

quitarle a los muchachos a quienes vio crecer. “Te los va a sacar, Marcelo, no van a volver más, esto es una locura”, repitió de todas las maneras posibles, pero Marcelo sabía que los chicos necesitaban volver a verla.

Llegaron al aeropuerto de Barajas. Mientras esperaban las valijas miraron alrededor y vieron a una mujer ancha de caderas, pelo llovido, con la nariz pegada al vidrio, la cara deformada y la boca abierta. Se miraron sin comprender si ésa era su madre. Supieron la respuesta cuando la señora dio un empujón al guardia al grito de “Soy la madre, soy la madre” y corrió hacia ellos a abrazarlos. Quedaron petrificados, comprendieron que habían olvidado el calor de sus abrazos, el tono de su voz y el color de sus ojos. Roberto tenía ocho años cuando dejó de vivir con ella, luego hubo un tiempo de encuentros aislados hasta que se desvaneció. Ahora estaba allí con dieciséis tratando de recobrar la memoria. Era una desconocida que los llenaba de besos que les provocaban cierto rechazo. Marcelo era el mayor, ya había cumplido los dieciocho y terminado la secundaria. Intentó comportarse como hombre. En el hall del aeropuerto esperaba Liliana junto a Carlos y sus hijos. Mache y Roberto encontraban una familia entera: madre, hermana, cuñado y tres sobrinos.

Entraron con recelo a la casa del sótano. Nunca

habían conocido nada igual, jamás imaginaron que se podía vivir dos pisos bajo tierra. Sin embargo el lugar les resultó amable, tenía algo mágico pasar del caserón de Conesa, donde el espacio estaba siempre de más, a esa casa donde vivían apiñados, sacando camas escondidas en el muro, corriendo colchones por las noches, con cantidad de gente que iba y venía contando historias inverosímiles. Acompañaron a su madre todas las noches a la feria. La Navidad en invierno, los paseos por la Gran Vía, las revelaciones familiares, interminables cenas improvisadas y llenas de amigos ocasionales les resultaron deslumbrantes. Comprendieron la oscuridad argentina cuando conocieron la libertad en España. Todo era materia de discusión, no sólo la política y la economía, también el sexo, las relaciones familiares y el rol de las mujeres. Salían de la pacatería de la revista Gente, con sus desconocidos personajes del año que posaban con risa falsa para la foto, para descubrir confesiones gay, historias de travestis, relatos de inmigrantes, recuerdos del Mayo Francés, y la historia de su propio país contada por los expulsados. Supieron de las torturas y los secuestros, compartieron las actividades de Lili y conocieron el sentido de la palabra solidaridad.

Tres meses estuvieron en España y no fue fácil volver. La Argentina convertida en el país que había expulsado a

su madre, que toleró la masacre y avaló las torturas y mintió y festejó en tiempos de dictadura. Ya no podían respirar los buenos aires del sur, odiaron a sus profesores, convirtieron el cariño por Adela en resentimiento por todo el odio que les inculcó, urdieron en silencio el modo de volver a España.

Adela comprendió que sus temores eran certeros. Los chicos volvieron a Madrid los siguientes veranos, en 1981 y 1982. Los dos querían irse a vivir allí, ya habían terminado la secundaria y nada los ataba. El primero en confesarlo fue Roberto quien una tarde se animó y le comunicó a su padre que partía a España. Mache supo que una vez más su hermano le había ganado de mano. ¿Cómo decirle a su padre que se irían los dos?

Marcelo tomó la elección con la misma caballerosidad con que hacía todo. Los dejó ir para luego recorrer su mismo camino.

No sabía qué iba a buscar, pero no encontraba motivos para no emprender el viaje a Madrid. Mache y Roberto lo esperaban en Barajas, a su lado estaba Lili. Él sí la reconoció, sonrió por las muecas exageradas que hacía y el saludo amplio. Era la misma, la que un día dejó su casa y partió rumbo a un destino incierto.

Para Lili fue suficiente verlo atravesar la puerta de salidas del aeropuerto con su andar principesco y el corpachón erguido para recordar al único hombre que había logrado poner un ancla en su vida. Marcelo había permanecido en aquel bastión de los Massafarro en Belgrano custodiando un legado, preservando a su familia. Lili se colgó de su cuello: "¡Por fin llegaste!" fue lo único que dijo, y pasaron a hablar de cosas banales, del frío de Madrid, el peso de las valijas, el cansancio del viaje. No fue incómodo el reencuentro, ninguna palabra atravesada, daba la impresión de que habían estado separados apenas unos días. La historia convertida en espejismo. Igual que antes, encantadoramente tranquilos, se reencontraban Lili y Marcelo. Entre tanto habían pasado revoluciones, guerrillas, exilios, Pacos, Juanes, abandonos, seducciones, puestos ambulantes, guerras.

Llegaron a la casa y se encerraron en el dormitorio sin hablar con nadie más. Marcelo y Roberto cruzaron sus miradas, no entendían qué estaba ocurriendo, que raro hechizo había provocado que sus padres volvieran a cerrar aquella puerta.

Los viajes de Marcelo fueron cada vez más frecuentes. Vivía uno mes en Europa con Lili y sus hijos, para volver a Conesa, a los jirones que restaban de su vida. Ella tenía ganas de volver a casa. No renegaba de su pasado, un

derrotero guiado por la historia durante el cual había descubierto valores, afectos y un coraje impensado. Sentía la satisfacción de no haber dejado que los hechos la pasaran por arriba, de haber elegido un camino en el que conoció dispares vibraciones pero jamás la aridez de la rendición. A pesar de la derrota, el orgullo y la fiereza la seguían acompañando. Eso era lo que Marcelo apreciaba en ella. También él seguía siendo el mismo. Las circunstancias los unieron en un momento, los separaron en otro, y una vez más los cruzaba en una esquina, intersección de un mapa imaginario trazado por quién sabe qué arquitecto. O simple azar.

Durante una de sus estadías madrileñas Lili quiso saber por qué Marcelo no se quedaba definitivamente con ellos. Marcelo conservaba un aire de don Juan, pero rondaba los setenta. Había atravesado demasiados desvaríos, desde las redacciones arltianas hasta el destape español. A pesar de mantener sus ojos vivaces, las fuerzas ya no lo acompañaban para una nueva aventura. Había jugado su vida en una tierra y no estaba dispuesto a dejarla en el último tramo. "Yo a España no vengo, me quedo en Buenos Aires."

La borrachera

Los militares argentinos caían víctimas de la resaca. Su último acto de embriaguez fue una guerra. Después de seis años de hacer y deshacer a su antojo, de bajar o subir el pulgar frente a los ojos aterrados de treinta millones de personas, de apoderarse de muebles, quintas, casas y empresas, de gozar del mejor whisky y el más fino caviar y seducir a infartantes rubias platinadas, habían enloquecido. Convertidos en caricaturas de sí mismos, seres desprovistos de sensibilidad, cultura y razón, decidieron jugar a la guerra. Ya no les bastaba sólo el poder absoluto basado en el terror. Querían sentir la ovación de la multitud, tener un motivo para el bronce. Invadieron las Islas Malvinas. Tronaban las marchas militares; iniciaban las cruzadas en las que señoras y señores entregaban sus oros; maratones televisivas, somos todos solidarios; en las escuelas cantaban "Bajo un manto de neblina"; el inglés estaba prohibido, proclamaban al rock nacional como la máxima expresión de nuestro ser, nada entendían de sus letras ni les importaba mensaje alguno pero era argentino, nacional y popular. Los generales querían formar parte del cuadro de los libertarios de América Latina: Bolívar, San Martín, Videla y Galtieri. Daban las hurras, brincaban de emoción, entre fiesta y fiesta gritaban contra el *principito* y

las plazas se colmaban y el general salía al balcón y escuchaba finalmente la ovación; “estamos ganando” decían voces engoladas en la televisión, hacía rato que el país no sentía emoción tan profunda. La sociedad toda mostraba signos de borrachera, quien osara recordar que los conductores de la guerra habían ya caído en las fauces del infierno, eran tachados de vendepatrias y traidores. Nada importaban banales diferencias en momentos tan sublimes. Callemos a los muertos, olvidemos la historia, gocemos esta noche y que nunca termine.

Pero terminó. Y volvieron los pibes desde el sur, congelados, desnutridos, vejados. Y la sociedad, a la que nada habían importado las matanzas anteriores, clamó, bramó, desesperó, porque era ella quien había mandado a sus chicos al sur. Todos habían cantado victoria y saltado y derrochado emoción mientras en unas islas fantasmagóricas una generación jugaba su destino. La suerte estaba echada. Desde el norte miraron con sorpresa el monstruo que habían creado y decidieron aplastarlo. “Ese hombre está loco”, se miraron con inquietud, de dónde salió, quien lo puso allí. La desmemoria atacó al mundo entero. El régimen militar caía víctima de sí mismo.

Lentamente los enterrados salieron de sus cuevas, aquellos que debieron ocultarse por años, pusieron un pie en la calle volvieron a caminar sin que nada ocurriera. Los

militares decidieron desempolvar las urnas que estaban bien guardadas.

Pero Lili andaba a contramano, cuando llegaba por fin la revancha del regreso sus hijos emprendían la retirada, nada ni nadie los haría retornar a ese país nefasto, estaban decididos a permanecer en España. “¡Justo ahora que todos vuelven ustedes se van!” bramaba Lili cada mañana. La familia unida no era más que una fantasía ocurrida demasiado tarde. Marcelo Laferrere iba y venía de Buenos Aires contando que ya nada era igual. Madrid se despoblaba lentamente de argentinos, Lili los despedía con cierta melancolía en el alma, ella no podía volver, estaba entre las contadas personas que tenían un proceso judicial abierto por formar parte de la dirigencia montonera, sería suficiente poner un pie en territorio nacional para quedar detenida, todavía era buscada como un peligro nacional.

Afuera quedó de los festejos, no pudo escuchar la voz atronadora de Víctor Heredia gritando “Todavía cantamos” en una Plaza Italia repleta de abrazos, lágrimas y encuentros el 10 de diciembre de 1983. La ciudad recuperaba sus veredas, todos volvían a sentirse hermanos, los autos saludaban con bocinazos, fiestas espontáneas en casas, clubes, peñas. Cada noche era posible asistir a un abrazo incalculable, la vida estallaba con fuerza. De manera casi automática la Avenida

Corrientes se convirtió en una cita tácita. En el bar La Paz, en la Giralda, en el Foro, bastaba asomar la nariz para descubrir a alguien de quien nada se sabía -y no saber nada presagiaba lo peor-, y estaba vivo. Estar vivos era motivo más que suficiente para el festejo. Después de tanta muerte la vida se convertía en noticia. La calles se poblaron de recién llegados desde Israel, México, España, Italia, Venezuela, Brasil, Suecia, con una sonrisa a flor de labios respiraban hondo para recuperar los aromas olvidados; probaban medialunas, desmayaban de placer frente al dulce de leche, vibraban por el traqueteo de un carrito sobre veredas, no podían creer que los taxis sonaran a tango sobre calles de adoquines, descubrían que esa música los acompañaba como un arrullo. Volvían a las viejas fondas populares con manteles de papel y parrilladas inimaginables, lloraban en el teatro San Martín, recorrían el Parque Lezama, deliraban en Plaza Francia y desmayaban al amanecer. Imposible entender cómo había sido posible vivir sin el color de los jacarandáes y el perfume de los paraísos. “Tantas veces me mataron,/ tantas veces me morí,/ sin embargo estoy aquí/ resucitando,/ gracias doy a la desgracia/ y a la mano con puñal/ porque me mató tan mal...”

El regreso

Pasaron trece años antes de su regreso. Recién en marzo de 1988 Lili volvió a ver el Río de la Plata desde el cielo. No había nubes ni neblina. A lo lejos divisó unos edificios. Pegó su nariz a la ventanilla pero el ala cubría todo. El avión se inclinó, giró hacia la izquierda. Ella abandonó su lugar y ubicó una ventanilla desde donde divisar la ciudad. Distinguió el hipódromo y el monumento a los Españoles. Era verdad, la ciudad seguía existiendo y la tenía a sus pies. El corazón comenzó a latir fuerte, no sabía si reír o llorar. El resto de los pasajeros miraba indiferente cómo el avión se aproximaba a la pista. Volvió a su asiento, ajustó el cinturón de seguridad y cerró los ojos por un instante.

En Ezeiza esperaban Liliana y su familia, además de su abogado, Eduardo Luis Duhalde. Fueron directo a Tribunales para poner en orden los papeles, firmar la caducidad de la causa y quedar por fin libre de cargos. Como primer acto en la ciudad quiso ir a un bar, los bares porteños se extrañaban como el agua, "Antes que nada me llevás a tomar un café con medialunas". Una vez más Duhalde siguió sus antojos y la llevó a La Paz. Lili mojó la medialuna en el café y descubrió que no era el sabor que

imaginaba. De allí partieron al caserón de Belgrano. Cuando escuchó que indicaban al taxista "Conesa al 400" sintió que sus piernas flaqueaban pero se repuso apenas vio la puerta verde de la entrada con su orgulloso "Lydia" en el frente. Entró como perro de caza a olfatear los rincones. Todo había permanecido intacto. Los mismos muebles, los libros, ahora amarillentos en la biblioteca empotrada, la amplia cocina convertida en una reliquia y la palta del patio crecida de manera insospechada. Lo que más llamó su atención fueron los pequeños objetos que había olvidado por completo: el cenicero de bronce, la fuente donde servía las comidas frías, la araña con velas que continuaban rotas en la habitación. No hizo grandes cambios en la casa, solo trabó la puerta que comunicaba con la de su prima. Adela quedó para siempre afuera de los confines del caserón Massaferro.

La borrachera del triunfo democrático había pasado, nadie creía ya que con la democracia "se come, se cura y se educa", ahora sólo se escuchaba hablar de plazos fijos y tretas para engañar a la inflación. Se aburría a muerte en cada conversación en que se hablaba de precios, intereses o inversiones. Recorrió cada una de las esquinas en las que alguna vez había sido feliz y no encontró a nadie. Recién entonces comprendió que definitivamente no estaban ni Pirí ni Paco ni Rodolfo ni la Negra ni María Antonia ni Diana

ni tantos otros. Buscó el barrio donde había militado, tenía un vago recuerdo de su nombre, subió a trenes, bajó en lejanas estaciones pero no halló nada. No había imaginado un regreso tan melancólico, no experimentaba sensaciones de triunfo alguno, sólo cierto cansancio y melancolía. Era extranjera en su país.

La política le resultaba ajena. No entendía los códigos y las internas, prefería mantenerse al margen, evitó incluso por un tiempo reencontrar a Julia, que por entonces estaba entusiasta con el Alfonsinismo y se mostraba una vez más entera, sin cicatrices a la vista mientras Lili aún lamía sus heridas.

Fueron Eduardo Jozami y Lila Pastoriza quienes la convencieron para que se sumara, como independiente, a una lista interna del Frente Grande. Lili sentía un cariño entrañable por ellos y aceptó. Acudió a la cita de presentación pública de la alternativa frentista en el Tortoni. Siempre sentía cierta conmoción al ver las antiguas mesas de buena madera del viejo café y las paredes cubiertas de recuerdos, poesías, y pinturas del viejo café de la Avenida de Mayo. Era un fragmento de la historia argentina que permanecía después de la hecatombe. Bajó al sótano donde había una mesa dispuesta sobre una tarima. Eduardo ya se había ubicado, a su lado León Ferrari. quien también figuraba en la lista

de candidatos. Lili subió al escenario de un tranco y por primera vez volvió a sentirse en la tribuna. Una tribuna pequeña esta vez, con apenas algún centenar de militantes, pero donde se condensaban años de sueños. Jozami pidió un aplauso especial para Lili Massaferro, recordó el asesinato de su hijo y el compromiso ineludible que desde entonces había asumido en la denuncia y la lucha contra un régimen represor. Reivindicó su coherencia y los años de denuncia internacional que hicieron posible que el mundo entero conociera lo que sucedía en la Argentina, "Una compañera que perdió mucho en ese camino pero que se mantiene fiel a sí misma", decía Eduardo mientras a Lili se le nublaba la mirada, nunca había pensado su vida en esos términos. La platea estalló en un aplauso y varios soltaron alguna lágrima. Fue el único reconocimiento público a su trayectoria después del regreso. Y su primera y última participación política.

En Conesa, una vez más sentía que el aire le faltaba, como en la ciudad, como en el mundo. Con Marcelo eligieron instalarse en la única parcela de tierra que todavía le quedaba a los Laferrere, una pequeña casa en las afueras, partido de la Matanza. Allí recuperó los sentidos, gozó con el rocío de la mañana, el penetrante

olor a zorrino, el placer de enterrar los dedos para remover un cantero y ver crecer mágicamente hierbas de todo tipo. Cada brote era una alegría, lo mismo que la época en que las moras caían oscuras o las ciruelas prometían un buen dulce. Los fines de semana la vieja casa se poblaba. Horas pasaba charlando con sus nietas, las hijas de Manolo a quien no había visto crecer. Nina Onetto asistía al reencuentro de sus hijas con su abuela, veía sus caras de asombro, su curiosidad, y no podía creer todo lo que Lili lograba movilizar. En momento alguno daba la impresión de una anciana dando consejos, mantenía la vivacidad y la inconciencia a pleno. Con la edad había acentuado su belleza. Sin rimel ni labial ni rubor, sus rasgos resplandecían, nada opacaba su brillo, ni tinturas, ni colores artificiales la escondían. Era quizás por esa razón que mantenía algo adolescente. Cada arruga se mostraba orgullosa. Decididamente no era vieja, sólo una mujer que había vivido mucho. Metía su cuerpo en anchos pantalones, calzaba cómodas botas que la salvaban de los lodazales que provocaba la lluvia en el campo y recibía a sus nietas Belloni: Victoria y María. Victoria quería ser actriz, Lili no se perdía ningún capítulo de "Clave de sol", la novela juvenil en donde la nieta hacía unas de sus primeras apariciones en pantalla. En cada encuentro le hablaba con entusiasmo, aconsejaba sobre su mejor perfil

y la estimulaba a continuar con una carrera que ella había abandonado por hastío. María seguía sus palabras y quedaba asombrada por cada uno de sus gestos. Quería saber más y más sobre su origen y las razones de por qué la vida fue como fue.

Alcira Argumedo solía visitarla en el campo. Su hijo Juan Pablo había trabado con Lili una relación inusual. Salía con ella con ánimo galante, la acompañaba a cenar, al cine, a bares y charlaban como iguales hasta entrada la madrugada. Jóvenes que buscaban respuestas la rodeaban. Lili no la tenía pero acompañaba la búsqueda con el mismo tesón con el que había hecho todo. Reía todavía con ganas y tomaba más de lo que su cirrosis le permitía.

El círculo se cerraba. Sólo restaba juntar las briznas de afecto que la vida había esparcido por ahí a lo largo de los años. Buscó y necesitó la presencia de su hermana: la otra, la melliza, Adela, la que condenaba cada una de sus elecciones; ahora se mostraba cercana y la cuidaba y sabía que la vida no era justa, las había tirado juntas al camino y no correspondía llegar al final sin volver a mirarse a los ojos y reconocerse íntimamente hermanas.

Y estaba Marcelo con sus enormes ojos de gato y su mirada dulce. Le gustaba pasar las noches con él, con buenos vinos y guisos de invierno relejendo una biblioteca

que creían perdida, revisando viejas fotografías y armando una nueva casa por vaya a saber cuánto tiempo. Los días en el campo pasaban suaves y gentiles. Lili soñaba con crear una granja orgánica, cerca de allí estaba Jorge Rulli que andaba probando esas cosas y querían hacer algo juntos. Era bueno establecer relaciones con el lugar. Se acercó a las mujeres de la zona, la miseria se hacía sentir con más fuerza que nunca, propuso organizar pequeñas cosas. Lo primero fue un roperito en la escuela. Luego pequeños emprendimientos de trueque y asistencia comunitaria. Abandonó definitivamente la gran política y la idea de cambio urgente y trabajó en lo que pudo, con lo que pudo.

Por las noches la asaltaba la idea de escribir un libro. Miraba a su alrededor y fijaba la vista en la foto enmarcada que la mostraba de pelo largo en sus épocas de actriz. No podía creer todo lo que había pasado desde entonces. “*Tres amigas* es un buen nombre: Pirí, Chiquita y yo.”

Una tarde vio llegar un remís al medio del campo.

Chiquita bajó del coche con aire imperial, un elegante vestido y una bandeja de sandwiches de miga de La Mariposa. Lili adoraba ese modo que Chiquita había adquirido con los años, pelo platinado, andar excesivamente erguido y don de señora. Lo adoraba y

detestaba al mismo tiempo.

Pasaron la tarde juntas, Lili le mostró sus logros, ya no sólo la cosecha de ciboulette, ahora también tenía gallinas. Solía esperar la madrugada en el galpón, con una escopeta en mano, a ver si encontraba a la comadreja que robaba sus huevos. Se acomodaron dentro de la casa, ya estaba fresco, prepararon un té y mientras Lili calentaba el agua Chiquita abrió una caja de fotos que sacó de un estante. "¡Mirá que éramos locas! ¿Te acordás de la época de los sombreritos? Nos metíamos esas cajas de bombones y salíamos como princesas, ¿no tenés ninguna foto con Pirí?" "No, éstas son las pocas que quedaron, las guardó Marcelo, por suerte se salvaron de la limpieza de Adela, pero mirá ésta de Manolo. ¡Qué lindo chico que era, Dios!" "¿Y éste ¿quién es?" "No sé, ¿será Burone? Qué julepe ese día, podríamos haber muerto ahí nomás, el tiro estaba justito en el lugar donde estábamos paradas, cosas del destino, ¿viste?" "La pucha, ¡que historias, vieja!, ¿sabés que estoy pensando escribir un libro? No se puede perder todo eso, había pensado en llamarlo *Tres amigas*." "¿Tres amigas?, Laura tenía la misma idea." "Ah, bueno, que lo haga ella. Yo no lo voy a escribir nunca."

Y así fue.

Epílogo

"Con la muerte de Marcelo a mí se me fue la alegría. Y creo que va a tardar bastante en volver. Hago las cosas, pero ha sido muy duro todo esto. Y además tengo una especie de filosofía de vida que antes no tenía, yo pienso que el tiempo se lo tengo que reservar únicamente a la gente que quiero, que se han transformado en cinco o seis. Porque es al pedo, mirá. Hablar por hablar en una reunión no me interesa. Una reunión de amigos sí me interesa porque hablamos no solamente de lo que está pasando en el país, que es una mierda, sino de muchas otras cosas. Y además, prefiero vivir en el campo aunque esté sola. La vida en el campo es hermosa, acá me aturde el ruido, la gente me hace mal porque los veo a todos histéricos, corriendo, de mala manera", confesó en la que sería nuestra última grabación.

La hepatitis mal curada que devino en cirrosis y la trombofobitis eterna, junto a las dificultades económicas,

le provocaron recaídas de salud crónicas. Pero no se dio por vencida fácilmente. Liliana se hizo cargo de su madre en los peores momentos, acudió, asistió y cuidó. Los médicos consideraban milagroso el modo en que lograba superar crisis terminales.

“Los últimos tres años fue muy amiga de mi hijo Juan Pablo”, recuerda Alcira Argumedo. “Hablaban mucho. Lili hablaba desde la conciencia de la muerte. Era de una profundidad, de una densidad irreconocible. Era otra Lili, ya no la muchacha locomotora sino la que orientaba en literatura, planteaba una filosofía de vida y sus últimos deseos. Una Lili muy filósofa. Fue muy fuerte esa relación. Creo que de alguna manera con Juan Pablo se encontró con Manolo, tenía la edad que tenía Manolo al morir. No sé qué pasó ahí pero fue muy especial, lo incentivó mucho para la literatura, salían a filosofar. Juan la pasaba a buscar y caminaban junto al río hablando de la vida y la muerte. Yo sentía que ella estaba hablando con Manolo. Había una cosa muy metafísica. Muy profunda. Pero además la queríamos matar porque de pronto le agarraban esos ataques que la dejaban absolutamente lela, perdía conciencia de las cosas y hacía cualquier desastre. De pronto revivía... Una noche Lili estaba tirada en la clínica, sin hablar, sin reconocer a nadie, era el fin. Yo fui a verla, le hablaba pero nada, ni bola. Entonces llegó Pali -porque

Lili lo llamaba Palilo a mi hijo- y le dijo 'Che, Lili, dejate de joder, vamos a charlar un rato'. Y ella se levantó y empezó a reír y le dijo: 'Me prometiste que te ibas a quedar conmigo a pasar la noche'. El fue a casa a buscar ropa seca, era una noche de infierno en Buenos Aires, un diluvio sobre la ciudad, se inundaron las calles, la zona de Belgrano donde estaba la clínica había quedado incomunicada. No sé cómo hizo pero volvió a la media hora. 'Lili, volví, acá estoy'. Lili se incorporó, pidió un yogurt y empezaron a hablar. Cuando a la mañana siguiente llegó el resto de la familia para ver si todavía estaba viva, se encontraron con las enfermeras irritadas: 'Llévense a esta señora de acá, estuvo haciendo un escándalo toda la noche, riendo y hablando como si esto fuese un bar'. Esa vez le dieron el alta."

Lili Massaferro murió el 26 de abril de 2001.

"El adiós a Lili Massaferro"

por Eduardo Luis Duhalde", Página 12

La larga e impiadosa enfermedad debió haber acabado con ella hace muchos años, si no fuera -no podía ser de otro modo- porque Lili, obstinada y tercamente, le dio dura batalla en nombre de la vida. La geografía política pierde a una mujer luminosa que sumó pasiones, irreverencias y heterodoxias sociales. Sus amigos y compañeros de militancia lloramos la pérdida de quien fue ejemplo de coraje, coherencia ética y de compromiso político con una transformación social que soñó con las banderas del peronismo revolucionario.

Aquella belleza seductora que en los '50 devolvían los afiches de los cigarrillos Arizona, vestida de vaquera; la 'Lily Gacel' que deslumbraba al bajar una escalera en La Casa del Ángel; la musa de círculos áulicos de la intelectualidad argentina, inquieta e inteligente, no era ajena a una toma de posición, por entonces pasiva, frente al mundo que la rodeaba. Cuando en 1971 uno de sus 4 hijos -Manolo Belloni-, joven militante de las Fuerzas Armadas Peronistas, fue acribillado por la policía en un cruce de caminos del Rincón de Millberg, este hecho brutal e irreparable signó la vida de Lili. Convirtiendo su dolor en fuerza, hizo suyo el compromiso de aquel hijo que había muerto acariciando los sueños de un país distinto e

igualitario, y a los 45 años, edad en que otros comienzan a vivir de recuerdos -o lo que es peor, a tratar de olvidar un pasado políticamente comprometido-, asumió la plena militancia. Cuando la detuvieron junto a Paco Urondo ya integraba un grupo operativo de las FAR. Asumí entonces su defensa ante aquella cámara especial conocida por el Camarón. Aunque era su amigo desde mucho antes, allí comencé a conocerla verdaderamente y vale detenerme en los recuerdos. Al ser indagada por el compuesto juez que le tocara en suerte, Lili cumplió circunspecta la diligencia. Sólo al despedirse lo miró al magistrado y le dijo con una sonrisa comprensiva: "Estás viejo, los años se te han venido encima. Te hace mal ser juez. Prefiero recordarte como antes". Y salió esposada del despacho. No pidió clemencia ni favores a su antiguo compañero de baile en los salones de San Isidro. La noche en que recuperó la libertad el aparato represivo intentó con ella la última humillación: liberarla desde el Departamento de Policía, con su uniforme azul de presidiaria seis o siete tallas más grande que su diminuto cuerpo. '¿Adónde querés ir?', le preguntamos. 'Así como estoy, quiero cenar El Tropezón', nos dijo. Y ese viernes, con Rodolfo Ortega Peña, la acompañamos, mientras ella hacía su entrada en el todavía esplendoroso restaurante de Callao, con la dignidad de una gran dama cubierta de pieles, aunque llevara solamente el

raído y baqueteado uniforme carcelario. Integrante de la organización Montoneros, tras el golpe genocida de 1976, ya en el exilio, integró la Comisión Argentina de Derechos Humanos (CADHU), dedicando cotidianamente su esfuerzo a denunciar frente a los gobiernos europeos y los organismos internacionales las graves y sistemáticas violaciones a los derechos humanos. Recorrió Europa de arriba hacia abajo, una y otra vez. Roma, Madrid, París, Ginebra, Amsterdam, Londres, Estocolmo, supieron de su presencia incansable: alertó a los gobiernos, discutió con los diplomáticos, peleó por salvar vidas, efectuó y acompañó las denuncias sobre los millares de desaparecidos, dio cobijo y amparo a los organismos de familiares que hacían sus primeras salidas de la Argentina. El día que se escriba seriamente y en detalle cómo se aisló a la dictadura terrorista en el plano internacional, los esfuerzos de Lili Massaferro como integrante de la CADHU serán relevantemente subrayados. Volvió al país y, aunque alejada de la actividad política, siempre fue una presencia solidaria, ineludible en sus principios. Fue la suya una vida plagada de sacrificios y con tal estrechez económica que, aun enferma, seguía buscando trabajo. Las ingratitudes de muchos las compensaba con el afecto de su familia y de sus amigos.

A los 74 años ha muerto La Pepa, como la conocimos en

sus años militantes. No nos pongamos serios y circunspectos, aunque hayamos perdido a una gran mujer. Digamos con el humor que ella puso siempre en todo: ¡Viva la Pepa!”

Agradecimientos

Agradezco:

A mi madre, Julia Constenla, sin cuyo aporte permanente y desinteresado no habría sido posible escribir este libro. Sirvan estas páginas como homenaje a una generación de mujeres que nos han enseñado el valor de la palabra libertad.

A Lili Massaferro por la inconciencia en permitir que diera testimonio de su vida.

A Liliana Belloni, con quien emprendimos juntas esta búsqueda.

A Roberto Laferrere, Marcelo Laferrere, Lela Massaferro, Marcelo Frondizi, Jorge Rulli, Ada Gonik, Alcira Argumedo, Poupé Blanchard, Juan Gelman, Lila Pastoriza y Nina Onetto, por sus testimonios y gentileza.

A Analía García y Marcela Fernández Vidal, por su excelente testimonio sobre Pirí Lugones, *Pirí* publicado por Ediciones de La Flor, La Maga y Utpba, fuente imprescindible para quien se arrime a ese rincón de la vida. Y a Pablo Montanaro, por su trabajo sobre Paco Urondo, *Francisco Urondo, La palabra en acción*, publicado por Homo Sapiens.

A Martín Caparrós, Eduardo Anguita, Eduardo Gurrucharri, Horacio Verbitsky, Andrew Graham Yoom, Carlos María Domínguez, María Esther Giglio, Guillermo Piro, Francisco Urondo, Rodolfo Walsh, Roberto Baschetti y todos aquellos que con porfía insisten en reunir fragmentos de la memoria que formarán el confuso y subjetivo entramado que damos en llamar historia.

A Hernán, Manuel y Camila; y a mis amigas Moira, Adriana y Luciana, por todo lo demás.

Bibliografía:

Realización colectiva de UTPBA, *Periodistas desaparecidos. Las voces que la dictadura necesitaba silenciar*, Buenos Aires, Norma, Utpba, 1998.

Abós, Álvaro, *El tábano*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2001.

Álvarez Murena, Héctor, "Reflexiones sobre el pecado original de América", *Revista Verbum*, n° 90, 1948.

Caparrós, Martín y Eduardo Anguita, *La voluntad*, Buenos Aires, Norma, 1997.

Cooke, John William, *Apuntes para la militancia*, Buenos Aires, Schapire Editor, 1973.

Diana, Marta, *Mujeres guerrilleras*, Buenos Aires, Editorial Planeta, 1996.

García, Analía y Marcela Fernández Vidal, *Pirí*, Buenos Aires, Ediciones de La Flor, La Maga y Utpba, 1995.

Gasparini, Juan, *Montoneros, final de cuentas*, La Plata, Ediciones De la Campana, 1999.

Gelman, Juan y Osvaldo Bayer, *Exilio*, Buenos Aires, Legasa, 1984.

Gilio, María Esther y Carlos María Domínguez, *Construcción de la noche. La vida de Juan Carlos Onetti*, Buenos Aires, Editorial Planeta, 1993.

Gombrowicz, Witold, *Transatlántico*, Barcelona, Anagrama, 1986.

Gorbato, Viviana, *Montoneros*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1999.

Graham-Yooll, Andrew, *Goodye Buenos Aires*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1997.

Gurucharri, Eduardo, *Un militar entre obreros y guerrilleros*, Buenos Aires, Ediciones Colihue, Buenos Aires, 2001.

Halperin Donghi, Tulio, *La democracia de masas*, Buenos Aires, Paidós, 1986.

Luna, Félix, *Argentina, de Perón a Lanusse*, Buenos Aires, Sudamericana-Planeta, 1984.

Luna, Félix, *Fuerzas hegemónicas y partidos políticos*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1988.

Montanaro, Pablo, *Francisco Urondo, La palabra en acción.*

Biografía de un poeta y militante, Buenos Aires, Homo Sapiens, 2003.

Mucci, Cristina, *Divina Beatrice*, Buenos Aires, Norma, 2002.

Pujol, Sergio, *La década rebelde*, Buenos Aires, Emecé, 2002.

Rouquié, Alain, *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1981.

Sebrelli, Juan José, *Martínez Estrada: Una rebelión inútil*, Buenos Aires, Editorial Jorge Álvarez, Buenos Aires, 1967.

Ulanovsky, Carlos, *Parén las rotativas*, Buenos Aires, Espasa, 1997.

Urondo, Francisco, *La patria fusilada*, Buenos Aires, Ediciones Crisis, 1973.

Urondo, Francisco, *Los pasos previos*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1974.

Urondo, Francisco, *Todos los poemas*, Buenos Aires, Ediciones de La Flor, 1972.

Verbitsky, Horacio, *Ezeiza* Buenos Aires, Contrapunto, 1985.

Walsh, Rodolfo, *El violento oficio de escribir*, Buenos Aires, Editorial Planeta, 1995.

Colección de la revista *Nuevo Hombre*.

Colección de la revista *El descamisado*.

Colección de la revista *Che*.

Diario *Crónica*.

Diario *La Razón*.

Diario *La Nación*.

Diario *Clarín*.